

santísima de los ángeles? Vosotros pues, hijos bienhadados de padres tan virtuosos, no os desviéis un punto de la senda que os dejaron marcada. Seguid constantes tributando á María el culto puro y verdaderamente ilustrado, de que vuestros antepasados os legaron tan bellos ejemplos. Ellos os contemplan hoy desde el cielo, y ofrecen sus votos ante el acatamiento de vuestra excelsa Reina por vuestra felicidad. Agrupáos en rededor de esa misteriosa imágen, y despreciando altamente las groseras preocupaciones de un siglo impío é inmoral, ofrecéd entre el humo sagrado que cubre el ara santa, y los acentos de júbilo que entonan los ministros del santuario, un corazón contrito, un espíritu humillado, seguros de hallar en María un lugar de refugio y un asilo perpetuo en todas vuestras necesidades.

Ó reina y señora de los ángeles! vos sois el genio protector de este pueblo. Á vuestro cuidado están confiados todos sus habitantes, sus hogares, sus posesiones, sus intereses y su porvenir. Mirádo pues desde ese trono majestuoso de gloria, en que os halláis colocada como soberana á la diestra de vuestro hijo, y visitádo con vuestras celestiales influencias: *Respice de coelo, et vide, et visita vineam istam* (1). Renovádo pues que lo plantó vuestra diestra, y hacéd brotar nuevos vástagos que lo hagan florecer de día en día, y producir frutos opimos de devoción sincera y cordial, de justicia, de virtud y de santidad: *Perfice eam, quam plantavit dextera tua* (2). Tiende tu mano protectora sobre estos, á quienes elegiste para formar un pueblo de adquisición, y sobre sus hijos, con quienes habéis confirmado y ratificado el pacto de alianza, que hicisteis en las pasadas generaciones: *Fiat manus tua super virum dexterae tuae, et super filium hominis, quem confirmasti tibi* (3). Entónces, vueltos á una nueva vida, jamas nos apartaremos de vos, invocaremos sin cesar vuestro dulce nombre, y este será para nosotros la prenda mas auténtica y el apoyo mas seguro de nuestra confianza: *Et non discedimus á te, vivificabis nos; et nomen tuum invocabimus* (4). Con esta viviremos tranquilos en este valle de quebranto, en esta region de dolor y de miserias: y llegado que fuere el día de nuestra recompensa, iremos á reinar con vos en compañía de los ángeles á las eternas mansiones del cielo.

(1) *Psalm.* 79. v. 15. (2) *Ibid.* v. 16. (3) *Ibid.* v. 18. (4) *Ibid.* v. 19.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi... in angustiis pro Christo.

Yo me gloriaré de buena gana en mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo. Por tanto me complazco... en mis angustias por Cristo.

II. á los corintios, c. 12. v. 9 y 10.

Así habla, piadosos oyentes, así habla á los fieles de Corinto el apóstol de las gentes san Pablo, tratando de su raptó al cielo, de sus tribulaciones y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros con arreglo á ellas las angustias y glorias de María, á presencia de la pasión y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciría la materia á principios, y haría ver por los de Fe una verdad que la Escritura, la tradición, los Padres y el espíritu mismo de la Religión católica concurren á demostrar. Miétras durare la verdad de los Libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable, que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, de cuya mayor

semejanza depende su mayor santidad. Siendo pues de fe, según san Pablo (1), que este divino Salvador toleró su cruz, gozoso como instrumento de su gloria, en la cual no podía entrar, como él mismo testifica, sin pasar ántes por las penas, ¿cómo podrian las de María oscurecer sus glorias, ó privarla del gozo espiritual que concedió el Señor á los apóstoles y á tantas almas justas en medio de sus tribulaciones, siendo cierto que María es superior en santidad á todas las criaturas, solo inferior á Dios, y la mas perfecta imágen de su Unigénito?

¿Qué de reflexiones sólidas no podria yo hacer sobre este único principio, para ilustrar las glorias de esta madre angustiada? Mas como tengo la confianza de hablar en un templo, lleno todo del espíritu y esplendor de María, y á presencia de un pueblo, cuyos mas ilustres habitantes se glorían de ser esclavos de las angustias de María, me creo dispensado de formar la apología de sus glorias. Limitome pues á discurrir sobre los motivos de ellas, y juntamente sobre sus penas: doble objeto que presenta á los ojos de nuestra fe la augusta escena del Calvario. Con arreglo á este plan manifiesto en primer lugar lo incomparable de sus angustias; y en segundo lo inenarrable de sus glorias: dos reflexiones breves, objeto de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Animád, ó Dios, mis palabras, para que pueda dignamente hablar de vuestras misericordias: dadnos á todos un corazon dócil para aprovecharnos de vuestra doctrina, y una gracia victoriosa, que triunfando de nuestras pasiones, renueve hoy vuestra gloria en el templo de vuestras almas. A este fin imploramos la proteccion de vuestra madre y nuestra, María santísima. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Por poco que reflexionemos sobre la tragedia del Calvario, conoceremos fácilmente lo incomparable de las angustias de María, ya sea atendiendo á su carácter de madre del Crucificado, ya al de Jesucristo, que padece, ó ya á nosotros mismos, por quienes padece. Bajo cualquier aspecto que se mire, siempre será constante la sentencia de san Agustín; conviene á saber, que ni la lengua puede explicar, ni la mente comprender la angustia de María en estas circunstancias.

(1) *Hebr. c. 12. v. 2.*

La Escritura y la experiencia misma están de acuerdo en que el amor de una madre es el mas tierno y afectuoso que se conoce sobre la tierra. De aquí se sigue por una consecuencia necesaria, que si por el amor se ha de conmensurar el dolor, fué el de María imponderable. Queréis conocer su amor? dice san Ambrosio: considerád que es madre, madre vírgen, madre sola, madre sin obra de varon, madre de un solo hijo, pero de un hijo infinitamente perfecto, todo apreciable, todo apetecible, todo amable. La angustia pues que la oprimia, era á proporcion del amor que la abrasaba. Yo siento, decia el real profeta (1), yo siento y compadezco tu muerte, hermano mio Jonatas, porque te amaba, como una madre ama á su hijo único. Su amor virginal pues era la medida de su dolor, y siendo aquel incomprendible, debia serlo este asimismo; porque es necesario, dice san Agustín, que hiciese en el alma tanta impresion el dolor, quanto habia en ella penetrado el amor de Jesucristo: de donde se sigue, añade este Padre, que fué la que mas padeció, porque fué la que mas amó. Venció al sexo, dice san Gerónimo, venció al hombre, padeció sobre la humanidad, sintiendo mas tormentos en su imaginacion, que si los sintiera en su cuerpo, porque amaba incomparablemente mas que á sí misma, al objeto de su compasion.

No extrañéis pues exclame con Jeremías (1): ¡ó vosotros todos, viajeros de este valle de lágrimas! ¿habéis visto un dolor semejante á mi dolor? Habéis visto al Amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazon, en el medio dia de mis penas? Ó hijo de mis entrañas! ¡oh si se me concediera que muriese yo por vos, para no sobrevivir privada de vuestra luz! Yo te amaba tiernamente como madre, y por tu muerte me hallo convertida en un mar de angustia y de afliccion. Ó Padre eterno! la luz de mis ojos ha desfallecido, y ya no está conmigo.

Hé aquí un bosquejo de la tribulacion y pena de María, atendiendo puramente á su carácter de madre. ¡Pero cuánto no debió crecer su angustia, atendida la calidad del Hijo que padece á su vista, y las circunstancias de su muerte! Este augusto personaje es el Unigénito de Dios, engendrado por su Padre celestial ántes del astro de la mañana, viva imágen de su divinidad, Dios

(1) *H. Reg. c. 1. v. 26.* (2) *Thren. c. 1. v. 12.*

verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consustancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu santo, en unidad de esencia y trinidad de personas, que movido de su amor á los hombres, y por nuestra salud descendió del cielo, sin dejar el seno de su Padre, á obrar nuestra redencion eterna. Este Dios grande, á quien vió el real Profeta alzado monarca sobre la montaña santa de Sion, ejerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodía, y recibiendo homenajes de todos los soberanos, de todas las naciones, de todos los pueblos; este, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos; el que destronca poderosamente los cedros del Líbano, el que conmueve los desiertos de Cades, y destruye á los fuertes y robustos de Moab; este Dios, vencedor del Faraon de los egipcios, del Dagon de los filisteos, de la Diana de los efesios, del Júpiter de los griegos y romanos, del Confucio de los chinos, del Netyn, Endovélico y Salombona de nuestros antiguos españoles; este es el Dios escondido que anunció á los mortales un profeta, sacrificado en esta hora al furor de sus enemigos, al poder de las tinieblas, y á la justicia de su eterno Padre: este Dios-Hombre desconocido de los mortales, que muere por su amor á ellos, es el que por un milagro, superior á sus mas grandes milagros, se abate á sí mismo en esta hora, se anonada, se humilla hasta la muerte, entregándose voluntariamente en manos de sus enemigos, que como lobos hambrientos se apoderan de la inocente presa, que con tan vivas ansias habian perseguido.

Avivád vuestra fe por un momento, para formar justa idea de las penas de vuestro Redentor y de las angustias de María. Contemplád á esta afligida madre al pié de la cruz del Salvador, donde ha bebido la pasion, agotado el cáliz, y está como embriagada con un torrente de amargura. Privada de la vista de su Hijo, su Dios y su hacedor, viuda de su esposo, huérfana de su padre, registra con amargura los lugares del Calvario, viendo en todos ellos cubierto de oprobio y de ignominia al dulce iman de sus afectos; ligado como un facineroso el libertador de Israel, que es por esencia la fortaleza misma; conculcado y despreciado el Excelso sobre todas las gentes; sin especie ni hermosura el mas hermoso entre los hijos de los hombres; azotado cru elmente y vestido á lo ridículo el Rey de los reyes y Señor de los que dominan; coronado de espinas el que tiene por cetro

la virtud; vestido como rey de burlas con una caña en sus manos el Ungido de Dios con el óleo de la alegría; oprimido bajo un duro leño el que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra; crucificado entre dos ladrones el autor de la vida; oscurecidos sus ojos, desfalleciente el ánimo, las fuerzas fugitivas, abierto su costado, cubierto de inmundas salivas, clamando en altas voces á su Padre por el desamparo en que se halla, inclinada la cabeza, derramando en fin por sus heridas la sangre en abundancia hasta la tierra.

¿Qué os parece, señores, de las angustias de María en estas circunstancias? Hay dolor comparable á este dolor? ¿Será necesario para persuadirlo comparar esta afliccion á la de Agar egipcia, temerosa de la muerte de Ismael? ¿á la de la madre de Moises, exponiendo la vida de este á las corrientes del Nilo? ¿á la de Jacob por la muerte aprehendida de Josef? ¿á la de Resfa mirando á sus hijos suspendidos? ¿á la de David por la muerte de Absalon, ó por la quema de Siceleg? ¿á la de Ana por el oprobio de su esterilidad? ¿á la de Raquel ó de Noemí por la muerte de sus hijos? ¿Mas quién no ve que todas estas angustias, aunque grandes, no son comparables á las de María, distando tanto de ellas en su principio y en su objeto, cuanto difieren entre sí las criaturas y su Criador, los pecadores y el impecable por esencia, la culpa en fin y la santidad?

¿Pues qué, si á esto se agregan las circunstancias de su muerte, maquinada y ejecutada por su pueblo escogido, á quien sacó de la dura esclavitud; á quien milagrosamente mantuvo en el Desierto por espacio de cuarenta años; á quien estableció en la tierra de promision, distinguiéndole entre todas las naciones del mundo; á quien colmó en fin de beneficios, sanando sus cojos y tullidos, curando sus ciegos y enfermos, resucitando sus muertos? Nada digo de la angustia de María, al verse desamparada de todos sus amigos, y que los apóstoles, testigos de sus mas grandes milagros, que han visto sobre el Tabor los resplandores de su gloria; los apóstoles, que han oído sobre el Jordan la voz del Padre celestial, que le declaró Hijo suyo muy amado; los apóstoles, á quienes ha hecho participantes de su cuerpo y sangre; de los apóstoles, sus amigos mas íntimos, uno le vende, otro le niega, y todos huyen al tiempo de la tribulacion y del oprobio.

Sí, dulce Madre mia; herido el pastor, es consiguiente la

dispersion del rebaño, conforme al oráculo de un profeta (1); y vos no hallaréis con quien dividir las penas, ni quien os consuele sobre la tierra, porque los mismos, por quienes padece y muere lleno todo de amor vuestro adorable Hijo, por un prodigio de insensibilidad, de dureza y de ingratitud, aumentarán en esta hora vuestra amargura. Dios, que quiere haceros la mas perfecta imágen de su Unigénito, enviará á vuestro corazon mas plagas que al Egipto. Entre los hijos mismos de vuestro dolor veréis á unos desertando abiertamente de la Fe y de la moral de Jesucristo; á otros sembrando en el campo de la Iglesia la zizaña, el error y la mentira; á otros persiguiendo y desacreditando con teson á los ministros del santuario y legados de Jesucristo; á unos llenos de ambicion, de orgullo y de soberbia, despreciando la sencillez cristiana, la mansedumbre y humildad de Jesucristo; á otros afeando su Iglesia con impurezas, usuras, monopolios, y abandonando con lujo y con vanidades la modestia y moderacion que tanto nos recomienda Jesucristo; hombres sin humanidad, sin afeccion, sin caridad; injustos, avaros, blasfemos, escandalosos, desapiadados, irreligiosos, murmuradores, sacrílegos, sin amor á Jesucristo ni al prójimo; á otros... Mas para qué me canso y os molesto? Veréis que siendo todos llamados, serán pocos los escogidos, y que bastando cualquiera gota de esta adorable sangre para redimir á innumerables mundos, serán muy pocos los que quieran aprovecharse de ella, despreciando la gracia é inspiraciones de Jesucristo.

Ahora pues entiendo con el Doctor máximo, por qué la Iglesia ilustrada del Espíritu santo llama á nuestra Madre *Reina de los mártires*. Los demas santos, dice este Padre, han padecido por Cristo en su carne; pero al alma, que es inmortal, no la han podido tocar los tiranos: estaba reservada á María la crucifixion del espíritu; y por espiritual, fué mas atroz su angustia, mas penetrante la espada que atravesó su alma, y María por consiguiente mas que mártir. Tanta es y tan incomparable la afliccion de esta tierna madre á presencia de la pasion y muerte de su único Hijo, y de la ingratitud del hombre, por quien muere lleno todo de su amor.

Pero, ó mi Dios! ¿á qué fin estas imponderables angustias de

(1) Zachar. c. 13. v. 7.

vuestra inocente Madre en vuestros eternos designios? Yo me atrevo á decirlo, señores: para su mayor conformidad con Jesucristo, y para que participase mas abundantemente que todos los justos, no solo del amargo cáliz de su pasion, sino de la gloria y trofeos de su Redentor en este momento. Hé aquí una verdad constante y apoyada sobre los oráculos mas decisivos de la santa Escritura, que solo se atreverá á negar el que mire la cruz del Salvador como locura, como necesidad, como escándalo, oprobio é ignominia, á imitacion de los judíos y gentiles, y no como gloria segun el espíritu de la Religion y el idioma de los Libros santos. Yo dejo de proponer los lugares, porque hablo á un pueblo instruído, en cuyo corazon leo grabadas las verdades que ellos testifican. Conténtome pues con proponer brevemente los inefables motivos de gloria y gozo espiritual, que fueron en María inseparables de su angustia.

Si quisiera extenderme sobre la materia, ¿qué no podria decir sobre su gloria y gozo, al considerar la ilustre y completa victoria de su Hijo sobre todas las potestades infernales, al ver arrojado del mundo y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas, y establecido el eterno imperio de la cruz? ¿Qué de su gozo, al ver confundida la sabiduría de los filósofos, enmudecidos los oráculos del paganismo, deshecha la sinagoga, abolidas las ceremonias y sacrificios legales, el sacerdocio antiguo suprimido, el Evangelio subrogado á la ley de Moises, un nuevo orden de cosas mas recomendable, mas santo, un templo mas augusto, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, gracias mas abundantes? ¿Qué no podria añadir de la gloria y gozo que le resultaba, al ver satisfecha la justicia del Padre, reconciliado el cielo con la tierra y redimido el género humano?

Baste decir que solo por este respeto toleró el Hijo de Dios su cruz gozoso, considerándola como medio indispensable para conseguir la gloria de redentor, que constituye su mayor exaltacion en cuanto hombre; y que María con el mismo designio hubiera contribuído á su pasion en caso necesario, como dice un Padre de la iglesia, para que ni él quedase defraudado de tanta gloria, ni el género humano sin reparador. Por esta causa le hace decir el abad Ruperto: *aunque deseaba mucho que no muriera mi Hijo, deseaba mas la salud del hombre*. Sabéis por qué, señores? Porque en esto se cumplia la volun-

tad del Padre eterno, en que conciben los justos su mayor complacencia, y porque así conquistaba Jesucristo su mayor gloria. María pues, que le habia sido fiel é inseparable compañera en la pasion, debia participar de sus ventajas gloriosas, viéndole desde la cruz atraer á sí todas las cosas, y reunir bajo de su Fe la Grecia ingeniosa, el Egipto misterioso, la Persia sensual, la altiva Roma, la Escitia bárbara, la India feroz.

¡Qué gloria, qué complacencia, qué gozo, que alegría espiritual no inundaria el corazon de María, al considerar la próxima resurreccion del Salvador, que debia llenar de gozo universal los cielos y la tierra! ¡Qué complacencia, al contemplar la venida del Espíritu santo á ilustrar y confirmar el corazon tímido de los apóstoles, para que llevasen con fortaleza irresistible su augusto y adorable nombre por todo el universo! ¡Qué gloria al considerar la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre esta piedra angular, que ántes habian reprobado los judíos! Y si al cielo resulta tanta alegría de la conversion de un pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la Escritura (1), ¿qué gozo no concebiria nuestra Madre, al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exaltacion del Salvador por todas las naciones y de todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María, durante la augusta escena del Calvario que los producía.

Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea mas digna de admiracion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos pues con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro ejemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconociendo haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas, y que miéntras mas aceptos á Dios, debemos ser mas acrisolados en el fuego de la tribulacion, cuando nos hallemos mas oprimidos de la mano del Señor, clamemos con María, con san Pablo y demas justos, de buena voluntad me gloriaré en mis enferme-

(1) *Luc. c. 15. v. 7.*

dades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador: *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi, Propter quod placeo mihi... in angustiis pro Christo.*

Augusta y soberana patrona, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra, desde el alto solio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echád una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados, confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, origen de vuestras penas; los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo; deseamos sinceramente vuestra reconciliacion: sed vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amen.